

## EL PERFUME

Encendió un cigarrillo. Se echó hacia atrás. Con el pie derecho hacía girar lentamente el asiento. El humo ascendía en una columna vertical. Desde el cuadrante gris de la ventana el cielo prometía una ciudad triste. En la pantalla las palabras no terminaban de conformar las frases armoniosas y enfáticas que debía pronunciar el ministro en el discurso del lunes. A su izquierda, la computadora continuaba emitiendo cables, de modo que bien podía echarle la culpa a ese ruido monótono y constante que distraía su atención.

Leve, áspero e ininterrumpido, y luego acentuado, punzante, profundo. Un perfume de mujer.

Dejó de hacer girar el asiento. Los ojos fijos en la pantalla, el cigarrillo apagado, alerta, gradualmente hipnotizado. El perfume se enroscaba alrededor de su cuerpo como una serpiente de la que no podía ni quería desprenderse.

Uno de esos pequeños placeres que brinda el día de trabajo, pensó demorando el instante en que una secretaria de alguna de las tantas oficinas inferiores, laterales o superiores se uniría al perfume que la anunciaba y le entregaría, espléndida y sonriente, un formulario, una carta o algún documento. Amplio, opaco, voluptuoso, el perfume lo inquietaba, lo aturdí. Se aflojó la corbata y permaneció extasiado, invadido.

La puerta se abrió sorpresivamente. El ministro se dirigía a su escritorio, y ahora miraba la pantalla con la habitual expresión de seriedad, rigidez y preocupación, sin alcanzar a leer las palabras. Era su modo de exigirle que se

apurara. Un asesor se acercó a pedirle una firma y luego el ministro volvió a recluirse en su despacho.

El perfume había desaparecido. Se preguntó si la supuesta secretaria, temerosa ante la brusca irrupción, no habría preferido retirarse para reaparecer en un momento más propicio.

Miró a su alrededor. Julia era aguda e imponente, como el perfume. Apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, miró la ventana, el cielo gris, la pantalla de la computadora y concentrado en cada movimiento aspiró el aire, suavemente primero, profundamente después. Los orificios de la nariz se dilataban, la mirada estaba alerta, los brazos rígidos; parecía ejecutar un ritual extraño. Pero su olfato sólo reconocía el polvo, el humo del cigarrillo que acababa de fumar.

Desalentado, logró concentrarse en el discurso del ministro. Media hora más tarde Julia se acercó a hacerle una consulta. Entonces, confuso, mareado, absorbió el perfume dulcísimo y floral que escapaba precipitadamente de su blusa cuando se inclinó para mostrarle la carta. Como si acabara de liberarse de la presión de fajas y corsés ocultos, el perfume se desparramaba, enfático y abrumador sobre el escritorio. Mintió que estaba muy ocupado, que la ayudaría luego.

No era Julia entonces.

Incómodo y aburrido se empeñaba en pensamientos inútiles. Incapaz de recobrarla se preguntaba el porqué de la sensación placentera que le había provocado el perfume antes de la aparición del ministro. Ya casi terminaba

el discurso. Llegó a la conclusión de que, a pesar de la nitidez, no se trataba de un perfume sino del recuerdo del perfume de una mujer determinada. Una mujer cuyo perfume se correspondía exactamente con su cuerpo, con su voz, con su ropa. Inolvidable, como el perfume. Y lo que había producido en él esa particular sensación de bienestar, de alegría e inquietud, esa mágica detención del tiempo, la acción y los sentidos era la evocación imprecisa de ese perfume asociado a un momento de su vida, a una mujer que llevaba ese perfume.

Terminó el discurso. Lo imprimió, se levantó del asiento y lo leyó a media voz, lentamente, junto a la ventana. Repitió la frase final y la juzgó acertada y efectiva.

Volvió a su escritorio satisfecho. Abrió la agenda y repasó minuciosamente el índice telefónico: Ana, Alicia, Alejandra, Beatriz, Carola, Celeste, Diana, Denise, Elisa, Inés. Inés.

Golpeó a la puerta del ministro y le entregó el discurso. Eran las siete y media. Antes de retirarse hizo dos llamados: a su mujer, para advertirle que llegaría tarde, a Inés, para avisarle que pasaría a buscarla en una hora. Nada mejor que las invitaciones sorpresivas.

Inés abrió la puerta. Era tan linda como la recordaba. Caminaron hasta el auto sin dejar de hablar. Buscó su perfume en el aire. Pero sólo aspiró aire. Se dijo que Inés pensaría que estaba resfriado, o que era asmático, y decidió no insistir.

Comieron en un restaurant de la costanera y volvieron al departamento de Inés. El departamento sí exhalaba un aroma característico, denso, no Inés. Le sirvió un whisky y se sentó a su lado. Él se acercó. El vestido la contenía y la

acentuaba, fiel y preciso. Era posible que Inés no usara perfume, lo imposible era que la piel que emergía pálidamente del escote no tuviera su propio perfume. Procuraría descubrirlo. Le dio un beso en la nuca y permaneció allí por unos instantes, oculto detrás de su pelo.

Eso fue todo. De pronto se sintió desilusionado y abatido, como si Inés hubiera decidido cambiar de sexo a último momento. Emergió del cabello oscuro, le miró los ojos cerrados y no quiso besarla. Se despidió torpemente, dijo que la llamaría. Inés cerró la puerta perpleja y apenada.

Guardó el auto en el garage. El bar de al lado aún estaba abierto. Muchas veces entraba antes de subir a su casa, siempre lo reconfortaban los ruidos de las copas, de la máquina de hacer café. Se sentó junto a la ventana empañada, unos veinte minutos quizás, el tiempo de dos cigarrillos y un café que tomó frío y sin azúcar, distraído en mirar pasar los pocos autos que seguían despiertos.

Al abrir la puerta de su cuarto volvió a alarmarse, nunca se habituaba al traje colgado del placard junto a la camisa y la corbata que llevaría al día siguiente. Se sentó en el borde de la cama, se quitó los zapatos y las medias y se desvistió lentamente. Dejó la ropa sobre la silla, puso el despertador y se cubrió con las sábanas. Del otro lado de la cama le fue llegando leve, áspero, ininterrumpido, acentuado, punzante, profundo, amplio, opaco y voluptuoso, el perfume.

**Prof. María Fasce**